



¿QUIÉNES QUEDAN AL FINAL?

La escena del patio deja una pregunta que sigue latiendo aun cuando el video termina: ¿quiénes quedaron al final? Nombrarlos permite ver algo que no es casual ni personal: un patrón. Un orden que organiza quién entra y quién queda afuera, quiénes ocupan el centro y quiénes los bordes. Lo que aparece no es solo una secuencia de elecciones: es la expresión cotidiana de un sistema de desigualdad estructural que antecede al juego y lo atraviesa por completo.

En la escuela, estas desigualdades se vuelven visibles sin necesidad de palabras: se ven en las personas que siempre están primero, en los que quedan para el final y en los que pasan desapercibidos (o hasta ignorados); se ven en las miradas, en los silencios, en aquello que se vive como si fuera “natural”. Si los nombramos, uno por uno, aparece un hilo común: son personas que, por distintos motivos, la sociedad suele dejar fuera del centro. No porque exista una regla escrita, sino porque aprendimos –todas las personas, en algún momento– que hay cuerpos que “valen más”, que “quedan bien”, que “rinden”, que son “elegibles”. Ese aprendizaje se transmite en los chistes, en las bromas, en los gestos mínimos que se entienden sin palabras.

Cuando un cuerpo queda lejos de lo que se considera hegemónico, es decir, del modelo corporal que se presenta como “normal”, deseable o legítimo en una sociedad —por su forma, su color, su origen, su modo de hablar, de moverse o de ser— suele quedar también lejos de las oportunidades de pertenecer. No se trata de una suma de diferencias dispersas: es una experiencia concreta de desigualdad reiterada y persistente. Preguntar qué cuerpos quedaron al final permite comprender cómo la idea de “normalidad” funciona como una frontera, marcando la diferencia entre cuerpos valorados como competentes o deseables y otros vistos como problema, exceso o diferencia que incomoda. Esa frontera no está escrita, pero opera con fuerza: es como si estuviera grabada a fuego, aunque de modo invisible.

Esta trama queda, muchas veces, naturalizada y en algunos casos se convierte en bullying o acoso escolar, una práctica persistente de humillación y hostigamiento entre pares que deja marcas profundas en la autoestima, en el modo de habitar la escuela y en la salud mental. No se trata de un “chiste de más” ni de un conflicto pasajero: es una dinámica sostenida que organiza quién queda siempre en el lugar del “blanco”. El bullying no es un problema individual; es un síntoma de una desigualdad estructural que se aprende, se reproduce y se encarna en los cuerpos de quienes participan, estén de un lado o del otro.

En los entornos digitales estas prácticas no desaparecen: se amplifican. El ciberbullying expande y acelera el daño, lo hace circular, lo vuelve viral. Lo que antes quedaba en el recreo hoy puede repetirse sin pausa en grupos, chats y redes sociales, con efectos muy dañinos y con menos espacios de resguardo. La convivencia actual es híbrida; cuidarla implica actuar tanto en los espacios presenciales como en los digitales, construir respeto, enseñar antes de que el daño ocurra y dejar claro que la humillación nunca es parte del juego.

Comprender la magnitud del bullying y del ciberbullying exige reconocer que tienen consecuencias emocionales, sociales y educativas, y asumir que su prevención es una responsabilidad institucional. Las escuelas necesitan protocolos, equipos disponibles y participación activa de toda la comunidad educativa: familias, docentes, directivos y estudiantes. La prevención se construye en la conversación respetuosa, en





cada límite adulto que se sostiene y en cada espacio donde la diferencia no se transforma en desigualdad convertida en burla o exclusión.

En la adolescencia se suma otro aspecto que es la presión por pertenecer. El deseo de gustar, de no quedar afuera, de no ser “exagerada”, “sensible”, “virgo” o “rara” puede hacer que se acepten gestos que incomodan, que se soporten chistes que duelen, que se justifiquen controles y que se confundan los celos, con el cuidado y con el amor. Esto ocurre tanto en parejas como en amistades intensas o grupos cerrados, donde la lealtad se confunde con disponibilidad total. La presión del grupo puede volver borrosas las fronteras entre el afecto y el daño.

La escena deja así de ser un episodio aislado y se vuelve lo que realmente es: una práctica sostenida de hostigamiento estructural, que no depende de la “maldad” de nadie, sino de cómo aprendimos a ver -y a no ver- la diversidad. La repetición de quién queda afuera muestra justamente esto: una desigualdad que se transmite sin palabras, que se naturaliza, que organiza vínculos entre pares y que define quién tiene derecho a la pertenencia. Y pertenecer no es un detalle: es una necesidad humana profunda, especialmente en la adolescencia.

El dolor de no ser elegido/a no es menor. Se queda en el cuerpo y en la memoria. A veces, para evitarlo, se calla, se ríe de algo que lastima, se mira para otro lado o incluso se participa del hostigamiento para no quedar como blanco. Estas dinámicas también están profundamente influidas por las propuestas que organizan la escena escolar. La forma en que se conforman los grupos, quién elige a quién y en qué orden, puede reproducir jerarquías y dejar siempre a alguien para el final. Estas prácticas están siendo profundamente cuestionadas justamente porque habilitan situaciones de exposición, descarte y humillación, aun sin intención explícita.

Por eso los adultos importan. Importan muchísimo. Hay una diferencia enorme entre vivir una situación de discriminación frente a alguien que “no ve” —o que se convence de no ver— y hacerlo frente a alguien que anticipa, cuida y pone un límite claro. La Ley 26.892, que enmarca la convivencia escolar, señala esta responsabilidad: prevenir, detectar, intervenir y acompañar. Intervenir no es castigar; intervenir es cuidar. Es revisar también las propias consignas, preguntarse qué otras formas de organizar el grupo hubieran sido posibles y decir con claridad que la humillación no es parte del juego, que la burla no está bien, que el control no es una forma de amor y que el “descarte” no es aceptable.

Poner un límite, incluso cuando sepamos que no resuelve todo, deja siempre una huella protectora. Habilita una idea poderosa: los modos de vincularnos pueden cambiar. Pero para transformar estas dinámicas no alcanza con sancionar, con decir “no discriminen” o con pedir que “se elijan distinto”. Hace falta algo más profundo.

Claves para trabajarlo

- Comprender qué dinámicas sostienen el hostigamiento, porque no es un conflicto puntual: es una práctica sostenida por normas sociales que pueden y deben desarmarse.



- Abrir espacios de palabra y reflexión colectiva: cuando los grupos piensan conjuntamente, las jerarquías se vuelven visibles y pueden transformarse.
- Promover la empatía y la participación real de todo el grupo: no imponer respuestas, sino construirlas considerando lo que las adolescencias sienten y saben.
- Entender que construir convivencia no es anular los conflictos, sino transformar cómo los atravesamos: pueden resolverse sin humillar, sin excluir, sin herir.

Como dice Skliar, educar no es domesticar ni vigilar, sino conversar sobre qué haremos con el mundo y con nuestras vidas. Cuidar no es controlar: es habilitar que cada persona pueda mostrarse tal como es, sin miedo al daño.

Y construir vínculos que cuidan exige sostener la pregunta que acompaña todo este módulo: *¿Cómo hacemos para que en nuestras escuelas quepan muchos mundos, muchas formas de ser, de pertenecer y de encontrarse?*

Este módulo es, justamente, una invitación a mirar estas dinámicas con honestidad, a entender cómo se producen, a nombrar lo que duele y a descubrir lo que puede habilitar un cambio. Una invitación a imaginar -y a practicar- una escuela donde quepan muchos mundos; donde los vínculos no dañen, sino que cuiden; donde sentirse parte de un grupo no sea un privilegio.